

**INTERVENCIÓN DE LA VICEPRESIDENTA PRIMERA, MINISTRA
DE LA PRESIDENCIA Y PORTAVOZ DEL GOBIERNO EN EL
CONGRESO IBEROAMERICANO SOBRE EL V CONGRESO
INTERNACIONAL DE NUEVO PERIODISMO**

15 de mayo de 2010

Hace unas semanas, coincidiendo con el Día del Español, se hizo pública una encuesta sobre las palabras favoritas del diccionario, de esta lengua que compartimos.

El resultado fue que una de las palabras que más nos gustan a los hispanohablantes es la palabra sueño. Y, efectivamente, creo que vincular sueños y palabras es todo un acierto, porque con las palabras pensamos, con las palabras nos comunicamos, con las palabras soñamos y a través de las palabras hacemos realidad nuestros sueños.

Muchas gracias, querido Fernando, por permitirme dirigirles estas palabras en un acto que tiene mucho de reflexión sobre lo que un día fueron sueños y hoy son, cada día más, realidades. Realidades como las de los nuevos medios y los nuevos soportes informativos sobre los que están ustedes debatiendo estos días. Realidades como la de la comunidad iberoamericana que construimos desde esta lengua, con estas palabras, con los proyectos e ilusiones que compartimos.

Realidades como la de este Congreso Internacional de Nuevo Periodismo, en cuya primera edición tuve también la ocasión de participar y al que vuelvo con especial satisfacción por la gran idea que han tenido sus organizadores de vincularlo a una conmemoración tan importante, tan simbólica, como es la celebración de los bicentenarios de las repúblicas iberoamericanas.

Porque también la información, la comunicación, la prensa, se convirtió entonces, se comprendió entonces, como el pilar que es de toda democracia.

Y lo cierto es que en estos doscientos años se ha escrito mucho, se ha reflexionado y se reflexiona mucho sobre las relaciones de la política con los medios, sobre las relaciones del poder con los medios. Nada tiene de extraño, ya que desde el mismo momento en el que se plasmó en la realidad la propia idea de soberanía popular, lo hizo vinculada a la libertad de prensa.

Fue entonces cuando Burke calificó a la prensa, con una fórmula a la que hoy todos nos hemos acostumbrado, como el cuarto poder. Y sin duda, la relación de la prensa con la política entraña siempre cierta tensión, pero de lo que no cabe duda es que siempre ha sido, es y será una relación necesaria, imprescindible irrenunciable para toda democracia.

Por eso nada han temido más todos los tiranos que el libre ejercicio de la palabra. Porque la libertad sin información es una pura quimera y la información sin libertad es otra cosa, y se llama simplemente adoctrinamiento.

Porque no hay libertad política, ciudadanía cívica sin libertad de prensa, y la propia libertad de prensa crea ciudadanía. Así fue en las independencias americanas, y así fue también en el constitucionalismo español que surgió en esos mismos años.

A una y otra orilla de este océano –y pese a las diferencias- el objetivo de aquellos revolucionarios, de aquellos reformistas, fue el mismo, lograr un

Gobierno lo suficientemente fuerte pero al servicio del pueblo y un pueblo lo suficientemente informado para mantener su control sobre quienes gobiernan.

Fue en las columnas de los incipientes periódicos, de las hojas volantes y de las gacetas, donde los ciudadanos aprendieron a conjugar un nuevo lenguaje, el lenguaje de los derechos, el lenguaje del progreso, el lenguaje de la libertad y la democracia.

Fue en las hojas de los periódicos, compartiendo preocupaciones, objetivos y anhelos, aprendiendo a discutir argumentos, a contrapesar posiciones, a valorar las diferencias de opiniones donde los que hasta entonces habían sido súbditos comenzaron a convertirse en ciudadanos.

La prensa, los medios de comunicación fueron entonces, y no han dejado de serlo en estos doscientos años, verdaderas escuelas, verdaderos manuales de ciudadanía y de democracia.

La prensa, los medios de comunicación, cambiaron nuestra forma de entendernos, de vernos, de comprendernos entre nosotros y de comprender el mundo que nos rodea y con ello cambiaron la faz de nuestros países y de todo el planeta.

Y creo que no exagero al decir que pasando las páginas de los periódicos que en aquellos años comenzaban a florecer, los ciudadanos también pasaban la página de la historia y abrían la puerta a un nuevo mundo.

Porque eso significó el salto del libro a la prensa. La popularización de la letra impresa, de las ideas, de las noticias. El paso a otro estadio y a otro momento histórico marcado por la tecnología y la comunicación. También por la conquista de la libertad y la democracia.

Hoy vivimos tiempos muy diferentes de los de entonces y hemos sabido cumplir buena parte de los sueños de aquella época.

La lucha dialéctica, la libre contraposición de argumentos e ideas es la única confrontación tolerada y creo que todos los que estamos aquí compartimos que no hay ni puede haber verdadera libertad sin libertad de prensa.

Y posiblemente nunca será suficiente, nunca nos parecerá suficiente, y así debe ser, pero estamos mucho más cerca que nunca de esa ciudadanía formada e informada que soñaron quienes pusieron las primeras piedras de la libertad en todos los países de Iberoamérica.

Es mucho lo que hemos cambiado, sin duda, y hoy de nuevo, como hace doscientos años, vivimos tiempos de mudanzas.

Como entonces, todos podemos sentir el latido del planeta, el pulso del cambio, todos sentimos y compartimos que termina una vieja era y empezamos algo nuevo.

Otra vez la comunicación, las nuevas tecnologías, están cambiando la vida sobre nuestro planeta, nuestra propia vida cotidiana, señalando el camino del

futuro, marcando la diferencia entre el pasado y el mañana, y lo está haciendo para lo bueno y para lo malo. La radio necesitó 38 años para llegar a 50 millones de personas. Facebook lo ha hecho en dos años. En el mundo se fabrican 13 procesadores cada segundo, más de 600 en el tiempo que llevo hablando. El que llevamos en nuestro teléfono o está en nuestros computadores es un millón de veces más barato, mil veces más potente y casi cien mil veces más pequeño que el primero que se fabricó.

Lo que entonces necesitaba un edificio entero hoy lo llevamos en el bolsillo y lo que procesan es ni más ni menos que información, información disponible en tiempo real para todos y cada uno de los ciudadanos.

Nos guste más o menos, el porvenir ya está aquí, lo tenemos en casa y la gran ventaja del futuro es que siempre tiene al tiempo de su parte. Vivimos en una comunidad global, vivimos en una aldea de la información global.

Qué nos depara el mañana, posiblemente lo impensable, pero de lo que si podemos estar seguros es de que a través de los nuevos medios de comunicación estamos entrando en una nueva era.

Una era en la que los medios de comunicación, los nuevos y los tradicionales, tendrán que adaptarse a un entorno cambiante, sin duda, pero ocuparán un lugar central, y esta vez lo harán a escala planetaria.

Lo harán, ya lo están haciendo, en una sociedad en la que la información y la capacitación ciudadana se convierten en el núcleo del progreso político, económico y social.

Por eso, y recuperando aquella conocida clasificación de Umberto Eco, yo no dudo en ponerme al lado de los integrados. Porque creo que más allá del cambio de escala asistimos a un cambio de los mismos fundamentos del periodismo, de la información y de los mensajes.

Un cambio que lejos de erosionar esos pilares en los que siempre se ha apoyado el periodismo, los refuerza.

Hoy, en un mundo, en un tiempo en el que ya no es posible entender ningún espacio, ningún rincón del planeta de forma aislada. En el que siempre buscamos los porqués y demandamos información y respuestas es más importante que nunca contar con una información precisa.

Hoy, en un tiempo en el que cada vez es más importante entender, vertebrar, engarzar datos y opiniones, formarnos un criterio propio, necesitamos que esa información sea de calidad, veraz y fiable.

Hoy, ante una opinión pública que ya existe a nivel mundial y que cada día es más exigente, hacer llegar la información, saber interpretarla, proponer puntos de vista diferentes ya no es simplemente una opción, es una verdadera exigencia de progreso, una demanda ciudadana.

Ante unos poderes, organismos, corporaciones y agentes globales que tienen un impacto indudable sobre nuestras propias vidas pero que en ocasiones

pueden no responder como debieran a las lógicas democráticas, esa labor de control, de información, de clarificación y rendición de cuentas que siempre ha exigido la prensa es un principio irrenunciable de buena gobernanza.

Y es un principio que hoy más que nunca, que ahora más que nunca, hay que hacer valer, porque estamos asistiendo, en estos momentos de incertidumbres, a un auténtico manejo del poder de la comunicación por parte de actores que, carentes de cualquier tipo de legitimidad y amparados en la nebulosa de los mercados, no dudan en poner en riesgo la estabilidad económica de un país, de una moneda o incluso del sistema financiero global con tal de obtener un beneficio.

Ha de ser por supuesto la comunidad internacional, los organismos y foros políticos y económicos que fijan las reglas quienes deben intervenir –y España, se lo aseguro, va a esforzarse para que así sea- para evitar que estos fenómenos, que atentan contra las prácticas democráticas, que socavan esa gobernanza global a la que aspiramos, puedan continuar produciéndose.

Pero también los medios de comunicación, los canales por los que discurre la información que mueve todos los hilos e inclina todas las balanzas, han de extremar sus cautelas y su exigencia de veracidad, de rigor y de responsabilidad ante la amenaza de la manipulación y de la especulación cuyas graves consecuencias estamos comprobado en estos días.

Porque ese rigor, esa responsabilidad, ese control que ejerce la prensa ha sido, es y será siempre una garantía para los ciudadanos, el alimento real de la democracia, lo que la hace día a día más perfecta en los países que ya disfrutamos de ella y día a día más cercana en los que aún la esperan.

Ya en aquel primer congreso de nuevo periodismo que antes recordaba, me referí a los serios retos que ustedes los profesionales de la información, y muy particularmente los profesionales de los nuevos medios, encaran en este mundo tan cambiante. Retos que, lógicamente, implican también responsabilidades.

Les dije aquella vez que esa responsabilidad consistía sobre todo en contribuir a que ese mundo en rápida evolución se convierte en un mundo mejor. Y expresé mi confianza en que ustedes estarían a la altura de las circunstancias.

Cuatro años después, me reafirmo en esa confianza, del mismo modo que les animo, como lo hice entonces, a permanecer atentos y vigilantes día a día, para estar seguros de no perder el camino que marcan a todos los medios, los de ayer y los de hoy, las viejas pero siempre vivas reglas de la profesión periodística. Porque esas son las que nos garantizan a todos que vamos en la buena dirección.

Señoras y señores,

Dentro de apenas unas horas comenzamos, en el marco de la presidencia española de la Unión Europea, la serie de cumbres que vamos a celebrar entre la Unión Europea y América Latina.

Unas cumbres de las que es mucho lo que esperamos y en las que, creo que en eso todos estamos de acuerdo, podemos, debemos y vamos a dar pasos decisivos en la estrecha cooperación, en el diálogo, en la formulación de compromisos y proyectos compartidos que ya hay entre nuestros pueblos y continentes.

Y en este mundo en el que todos dependemos cada día más de todos los demás, son precisamente esas palabras -diálogo, cooperación, compromisos compartidos- las que van a marcar el nuevo siglo, las que ya están marcando este nuevo mundo en el que nos adentramos a pasos de gigante.

Y en ese horizonte de acercamiento, de cooperación, de estrechamiento de lazos, los países de la comunidad iberoamericana ya llevamos una buena parte del camino recorrido.

Por nuestra cultura, por nuestro idioma, por nuestra historia y sobre todo por nuestra voluntad de construir un futuro juntos, creo que somos un modelo global de cooperación internacional, de comunidad de países y de pueblos.

Creo, estoy convencida de ello, que ese es nuestro mejor capital, un capital que debemos saber aprovechar en un momento en el que la confianza, la proximidad, el conocimiento mutuo se convierten en una divisa que cotiza al alza en un incierto mercado global.

Y ahí, es mucho lo que pueden aportar, lo que ya están aportando los medios de comunicación. Sé que en las dos orillas de este océano que nos une se sigue con especial atención lo que ocurre al otro lado, sé, basta echar un vistazo a cualquier de nuestros diarios o de los digitales, que todos prestamos especial atención a lo que pasa en cada uno de los países de la comunidad iberoamericana.

Como hace doscientos años, a través de los medios de comunicación compartimos preocupaciones, anhelos e ilusiones, con ellos vamos construyendo la comunidad iberoamericana más importante, la que más cuenta, la realmente relevante, la comunidad iberoamericana de nuestros ciudadanos.

Con ellos, a través de ellos, aprendemos a compartir posiciones, a discutir opciones, a dialogar soluciones.

Y con ellos, y no creo exagerar tampoco en este caso, con la nueva prensa abrimos la puerta a un nuevo mundo. Un mundo más justo, un mundo más digno, un mundo más libre para cada uno de nuestros países y de nuestros pueblos.

Estoy segura de que todos y todas los que estamos aquí estamos dispuestos a trabajar por ello. Desde luego así es en el caso del Gobierno de España.

Enhorabuena por la celebración del Congreso y muchas gracias.